

HL

www.hipocritalector.com

La Canalla
LITERARIA

Suplemento de letras y fideos No. 2

**DAVID
HUERTA**

EL POETA HA MUERTO



► Foto: Maritza Ríos / Secretaría de Cultura CDMX, CC BY 2.0

Su muerte, el 3 de octubre de 2022, nos ha apesadumbrado a sus colegas como en pocos casos ha ocurrido, al menos que yo recuerde. Porque David Huerta tenía ángel (y no le faltaban esos demonios conjurados en *Incurable*) y le bastaban tres minutos de conversación con un pintor, un normalista, una maestra universitaria, un poeta de ultramar o un erudito de acullá para crear una amistad duradera, un lazo que transformaba a la conversación en privanza. Por ello, sus malquerientes —y los tuvo— se agazapaban por temor a ser exhibidos en su envidia o en su medianía por esa mayoría fiel que rodeó a David Huerta hasta su muerte y lo acompañará (que me sea perdonada la desidia expresiva) en su inmortalidad de poeta mayor.

Me queda, tras balbucear unas palabras sobre el poeta y el ciudadano, recordar al compañero en el feliz grupo de prófugos que escapamos, siguiendo el hilo de la necesidad y no el de la virtud, del “potro del alcohol”, aquel en que Octavio Paz vio atado a su padre; al amigo, durante cuarenta años, que fue también mi maestro. Nos presentó José Ramón Enríquez en el antiguo Fondo de Cultura Económica de la Avenida de la Universidad y llegamos a tener una familiaridad estrecha al amparo de quienes amamos. (Christopher Domínguez Michael, *Letras Libres*).

AQUÍ CANTO A DAVID HUERTA

Lo imagino sereno, montando en una orilla la Barca de Caronte, incluso acariciando al perro tricéfalo que tendría a su lado, la vista fija en la otra orilla donde se entra en lo invisible, lo veo apearse de la Barca y reconocerse feliz, en verdad feliz dado que ha encontrado la dicha de la invisibilidad, la trascendencia ulterior (gate gate paragate parasangate bodhi svaja). Es y no es David, por supuesto. Su presencia es dantesca, como cuando Dante abraza a un amigo o contempla a un enemigo y se encuentra con que su abrazo carece de materialidad, es vacío. David lo sabía, la invisibilidad feliz implicaba asir la Nada, penetrar la ausencia de formas donde “no hay sufrimiento, no hay fuente, no hay alivio, no hay camino, no hay conocimiento” según plantea el Sutra del Corazón, el sutra más breve y condensado del budismo zen. David Huerta tal vez no lo conociera, sin duda lo intuía.

Lo imagino por fin, ahora, trascendido cuan trascendente, recordando un poema de su amado Fray Luis de León (*Oda a Francisco Salinas*) donde ambos maestros, uno Barroco, el otro Neobarroco (en parte) reconocen “que todo lo visible es triste lloro”. (José Kozer, *Letras Libres*).



Huellas del civilizado

EL POETA

QUE COMÍA MANZANAS EN UNA TINA DE BAÑO

Mario Alberto Mejía

Éramos púberes. Andábamos en los veinte años y podíamos estar despiertos hablando de poesía tres días con sus noches. Las musas pasaban por las camas de los moteles como uvas en la mesa del poeta: frescas y luminosas.

Estábamos en esa noche de los años setenta en una casa de la colonia Condesa. Había ron, cervezas, Ritalín. El coctel ideal para un jueves taciturno. También había marihuana y hasta LSD.

Todos éramos poetas. O eso creíamos. No hablábamos de otra cosa. Publicábamos libros y revistas, y dábamos lecturas en galerías de arte, el Museo Carrilo Gil y la Casa del Lago.

Un rumor empezó a crecer: David Huerta estaba encerrado en el baño con Frida Varinia, una joven poeta con un físico brutal. Era alta, rubia, vikinga, frondosa. Tanto lo era que uno podía cortar las manzanas que le brotaban con pulsión veraniega.

La Máquina de Escribir

México, 1977

Manos enérgicas
Y autos deportivos
Aquella muchacha
(No recuerdo su nombre)
Sólo iba a la cama
Después de haber leído
Una o dos frases de Mein Kampf

4

[¿Edipo?]

La ve sobre la cama
con inmensa amargura.

La toca apenas
como el alba indecisa
toca el mundo.

Sabe que bajo la carne apetecida,
algo lo observa y juzga,
algo terrible.

La posee
con inmensa amargura,
sin embargo.

5

En un paisaje de novela gótica
La bruma se adelgaza
Desaparece...
Ahí están
Temibles y vampíricos
Los acreedores

Otro rumor mató el primero: David y Frida ya se metieron a una hermosa tina de baño de corte porfiriano. Algunos no resistimos el morbo y empujamos la puerta para ser testigos de ese acto surrealista. Y sí, en efecto, David —copa de vino en mano— le decía poemas al oído a Frida Varinia. La desnudez de ella era brutal. La espuma del jabón no duraba dos segundos en sus senos.

Para entonces, David ya era el Poeta. Había publicado *El Jardín de la Luz*, *Cuaderno de Noviembre* y *Huellas del Civilizado*. La imagen de él en la tina a punto de hacerle el amor a Frida Varinia lo convirtió en un tris en una especie de poeta maldito.

Las siguientes veces que lo vi aparecía, inevitablemente, la trama de la tina. ¿Qué pasó esa noche? ¿Tuvieron sexo o sólo se bañaron? David respondió con una sonrisa de poeta. Sonrisa discreta, lejos de la vulgaridad de la escena.

Cuaderno de Noviembre me gustó, pero no me cautivó. Sí lo hizo, en cambio, *Incurable*: un poema de casi cuatrocientas páginas. Lo leía todo el tiempo: en el Metro, en los camiones, en los moteles, en mi gabinete de Coyoacán, en los pasillos de los hospitales, en el baño... Fue en su momento un ejercicio de iniciación. No sabíamos a dónde nos llevaría. Sólo era la sensación del viaje.

Incurable fue mi lectura diaria durante unos cinco meses. Buscaba señales secretas en los versículos que lo contenían. Y estoy seguro que creí por momentos ser el receptor de códigos inéditos.

Los infrarrealistas no lo querían. Roberto Bolaño decía que era el hijo lampiño de Efraín. Seguramente envidiaban su larga cabellera y esa barba que le daba un toque existencialista, muy años cincuenta.

6

Han visto a la condesa Bathory
En la pequeña ciudad donde vivimos
La policía vigila a todas las mujeres
Pero las jóvenes románticas
(Que saben imposible una cita
Con el apuesto profesor de Gimnasia)
Cuchichean durante los descansos
En el Liceo
Y se estremecen ilusionadas
En el calor de estas noches de estío

Ya he contado cómo compartimos mesa en dos ocasiones luego de la muerte de Efraín. Le sorprendió de entrada que me gustara la poesía de su padre. Orgulloso, le dije que sí. Me dijo que me hacía por otras rutas.

Compartimos la segunda mesa con Eduardo Lizalde y Renato Leduc. No olvido esa noche jamás. A principios de los ochenta dejé la Ciudad de México. No volví a ver a David sino hasta hace algunos años, cuando caminaba con su rostro de rabinno entre las multitudes de la FIL de Guadalajara. Caminaba como poeta. Hablaba como poeta. Ya era el personaje que se había creado.

Hace unos días, al enterarme de su muerte, sentí que algo dentro de mí también moría. No he dejado de leerlo y de tenerlo presente. Ahora mismo siento que escribo sobre alguien entrañable. Eso hacen los poetas cuando faltan: dejan un vacío en la textura interna del lenguaje.

17

allegremente
vidrios quemados
astillas en los ojos
en medio del desfallecimiento
y arriba una luna lírica giraba
acariciaba mi cabello con dedos de mercurio
que desastre decía yo también
y luego en la Frick Collection los grabados de
las culpas primordiales la inocencia & el fulgor del sueño
pero también era verdad ese trozo de vida
detrás de mis pupilas irritadas un recuerdo
una señal íntima casi borrada
por el efecto de pastillas monstruosas
tantas lecturas en el jardín en la sala
una caricia de una mano silenciosa
estudiábamos hasta el amanecer
laughin' & grip
las pastillas para no dormir mojadas de reflejos
la plática en la piscina del incendio insomne
y yo dispuesto a cualquier vaguedad
alegremente más allá de cualquier experiencia
hundido en la Gran Ignorancia
boquiabierto en medio de todo
ajá, decían, mira hacia acá
sonríe
canta
las fotografías no amarillean
pero la ciudad se derrumba con dulce violencia
no es el fin del mundo ni el comienzo
dicen que lo peor es seguir así

6

luego las calles los carteles los gritos
y Debajo Del Asfalto Está La Playa, decían
los motines y el resplandor de las patrullas [policías]
la siniestra humillación de todos
pero nosotros esperábamos otra cosa
una diluida esperanza después de tantos golpes
hasta la tarde casi noche en la plaza
una demostración de fuerza
y, decían, el foco de la subversión ha sido
sofocado
los periódicos que comprábamos con ansiedad
el miedo como una mancha en cada esquina
en cada gesto
y los amigos pasaban de un tema a otro
yo no sabía qué decir
a no ser qué hora es? quién dijo eso?
Oaxaca durante el Eclipse
las irrisaciones del Mercado
la invasión de los muchachos en las calles
un pedazo de queso y una botella de vino
"cigarrillos culpables liados
y fumados furtivamente a la orilla de la ca-
[rretera]"
Miahuatlán y los telescopios
fragmentos de películas
y luego el ascenso a la ciudad-templo
tuve la idea de escribir un poema sobre Mon-
[tealbán
a Paulina
(y lo escribí, oh!: está dedicado a Paulina
[Lavista])

17

FACTOTUM, capitular de Pérez

Arboladura de Pérez construyéndose bajo los
mares dóciles de enero
—cuadrángulo de la obscena capitular y pozo
hilado a las constelaciones errantes:
Pérez ecoico, cero. Un factótum, solicitaban los
defenestrados y los ocultos,
un desvanecimiento. Sherpas lúgubres del Sí
Mismo.

Si Pérez avanza, mi cabeza le habla
con un fulgor de buda.
Lo veo, una baba palustre,
un grafismo contra el día mediocre.
Avanza, avanza: tuareg inscripto,
castor sexuado, laminado,
alveolo de sed y canto, moroso
como un trámite.
Guten Morgen, Pérez.
Voilà! Pérez & Pérez.

Luces rosadas sobre la Place des Vosges. La
rue Saint-Antoine es una sopa rizada en
medio de la tarde veraniega.
La tarde es una confesión idiota —y cuelga de
los labios, tus labios.

¿Habla usted francés, Pérez? Francés, francés.
Le moment incertain, la crise, voilà le moment
qui importe, decía Füssli.

27

La Babel Inestable de David Huerta

Mario Martell

“El agua de la tarde, el agua cósmica, entró relampagueando
en el agua del mar; vimos como nacían mundos.
Un rayo cruzó el entintado lienzo del anochecer”
Incurable. David Huerta

I

Incurable, libro de poesía publicado por David Huerta en 1987 es el documento de una escritura tenaz en cuyo aliento conviven lecturas y preocupaciones del siglo pasado, tendencias potenciales de escritura y continuas referencias al fenómeno de la escritura.

Incurable posee la corriente de un torrente verbal e intenta atravesar la ciudad letrada de los poetas, como si fuera un salmo laico y una endecha escrita desde las aulas universitarias de la ciudad de México o desde el espacio cultural del México que, en los ochenta, mediaba en la poesía preocupaciones políticas y militantes, con aspiraciones estéticas de la post-vanguardia.

En los ochenta, la escritura poética oxigenaba las tertulias y las tardes de café, se mezclaba en las conversaciones sobre la democracia y el socialismo, y mantenía vigente una ruta de escape frente a las fuerzas de los totalitarismos y las amenazas del mercado.

Era, por citarlo de esta manera, un no-lugar poético, al estilo de Marc Augé, pero con ese manto de sacralidad imaginada a la que se podía acudir para dar cuenta, ahora sí, en un sentido poético del estar-ahí-en-el mundo, del estar-arrojado-en-el-mundo, y de darle un arropamiento mítico a la presencia personal entre el cruce de las lecturas y los incisivos proyectos de lucidez intelectual.

Por supuesto, que se vivían otros tiempos,

otros momentos. Era un *ethos* marcado por la búsqueda de caminos poéticos. Corría, pues la visión de la escritura del Gran Libro, ese libro-acontecimiento, esa irrupción en la continuidad de la historia literaria, esa insularidad del acontecimiento para dotar de sentido a la escritura y a los proyectos colectivos y personales. A 35 años de *Incurable*, o de la época de *Incurable* las prioridades son otras.

Se han desplazado aquellas jerarquías del campo literario de la ciudad letrada mexicana. Son a las que apunta el mercado o a las que apuntan los populismos. Las prioridades vienen de las redes sociales y de la búsqueda de estímulos bioquímicos en los *likes* de las redes y en los *likes* de las *selfies*.

En la fantasía de los poetas y escritores de esa época, el gran lector de poesía, el Otro lector, era Octavio Paz. Si la poesía es una actividad intelectual de las élites letradas, o si se concibe así, a la poesía, entonces, para los años de escritura y publicación de *Incurable*, el Otro lector-ideal era el poeta Paz.

La deidad lectora y legitimadora de la escritura poética en un México que deseaba sacudirse los restos del Estado del bienestar o del Estado social mexicano priista, e ingresar a una globalización de los mercados abiertos. En los ochenta en México aún pervivía una imagen idealizada del poeta y del lector.



II

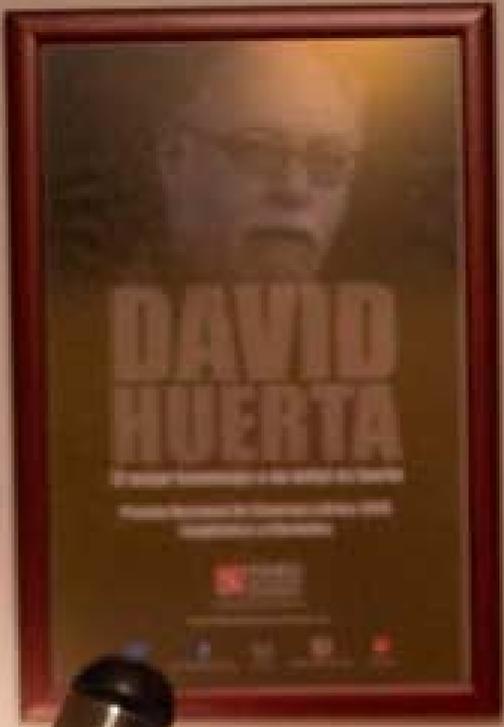
Críticos literarios como Christopher Domínguez Michael han calificado el libro de poesía *Incurable* de David Huerta como una suerte de novela. Su carácter rítmico y narrativo han permitido que la lectura de ese libro se conciba como una especie de novela personalísima. El crítico mexicano y amigo de Domínguez Michael, llamó a *Incurable* un “cuerpo narrativo.”

Otra lectura del mismo Domínguez Michael lo ha colocado en el orden de poesía filosófica. O de la poesía que está conectada con argumentos filosóficos. Sin embargo, también Domínguez Michael encuentra en esta conexión poesía-filosofía una tradición añeja. Porque la filosofía posee momentos en que encuentra un formato poético o expresa sus proposiciones de forma poética.

Domínguez Michael y Aurelio Asiain encuentran en *Incurable* la veta de lecturas de la “filosofía universitaria de su tiempo”. Principalmente de la filosofía francesa posterior al mayo del 68. Desde Foucault hasta Kristeva, pasando por Roland Barthes, Deleuze y Guattari.

Habría que agregar a las apreciaciones de Domínguez Michael en su ensayo *Incurable, libro abierto*, que la poesía y la filosofía guardan relaciones tormentosas. Algunas veces relaciones de amor pasional y otras de las de un amor más pacífico y benévolo.

INCURABLE POSEE LA
CORRIENTE DE UN TORRENTE
VERBAL E INTENTA ATRAVESAR
LA CIUDAD LETRADA DE LOS
POETAS, COMO SI FUERA UN
SALMO LAICO Y UNA ENDECHA
ESCRITA DESDE LAS AULAS
UNIVERSITARIAS DE LA CIUDAD
DE MÉXICO O DESDE EL ESPACIO
CULTURAL DEL MÉXICO QUE,
EN LOS OCHENTA, MEDIABA EN
LA POESÍA PREOCUPACIONES
POLÍTICAS Y MILITANTES, CON
ASPIRACIONES ESTÉTICAS DE LA
POST-VANGUARDIA.



III

Los versos iniciales de *Incurable* describen la travesía de la escritura en el mundo. Hay una ambición de mundo, de aceptación de una errancia en el mundo. De que el estar en el mundo es el acontecimiento y que no hay que recurrir, como en los poemas patrióticos a grandes gestas o a heroicidades.

Tampoco se trata de recurrir a densidades armoniosas o a épicas inducidas. *Incurable* no es el poema épico o la inyección de patriotismo en las venas. Tampoco es la búsqueda vanguardista o de la poesía concreta para incendiar el lenguaje hasta declararlo balbuceo.

En el ensayo literario, publicado en forma de libro, *Resistir: insistencias del presente poético*, Eduardo Milán sostiene que, en el presente poético, por supuesto, el presente desde el cual él escribe, los poemas abandonan su ser de objetos poéticos, con un sentido, para ser “Matices de sentido: matices de lugares”.

Milán incorpora en esta selección de poetas a: Enrique Fierro, Raúl Zurita, Roberto Echavarrén, José Koser, Arturo Carrera, Néstor Perlongher, David Huerta, Coral Bracho, Aurelio Asiain, y Manuel Ulacia, entre otros, que escriben sin querer acaparar el mundo, en la expresión de Milán. Eduardo Milán considera que los poemas ya no tienen lugar en el mundo y que es una rebelión en contra del canon.

Si tomamos la proposición no-lugarista del poema, sostenida por Eduardo Milán, podemos comprender un poco, la posición desde donde los herederos de Huidobro, Gelman, Paz, Neruda y Parra, escriben o se plantean la escritura poética.

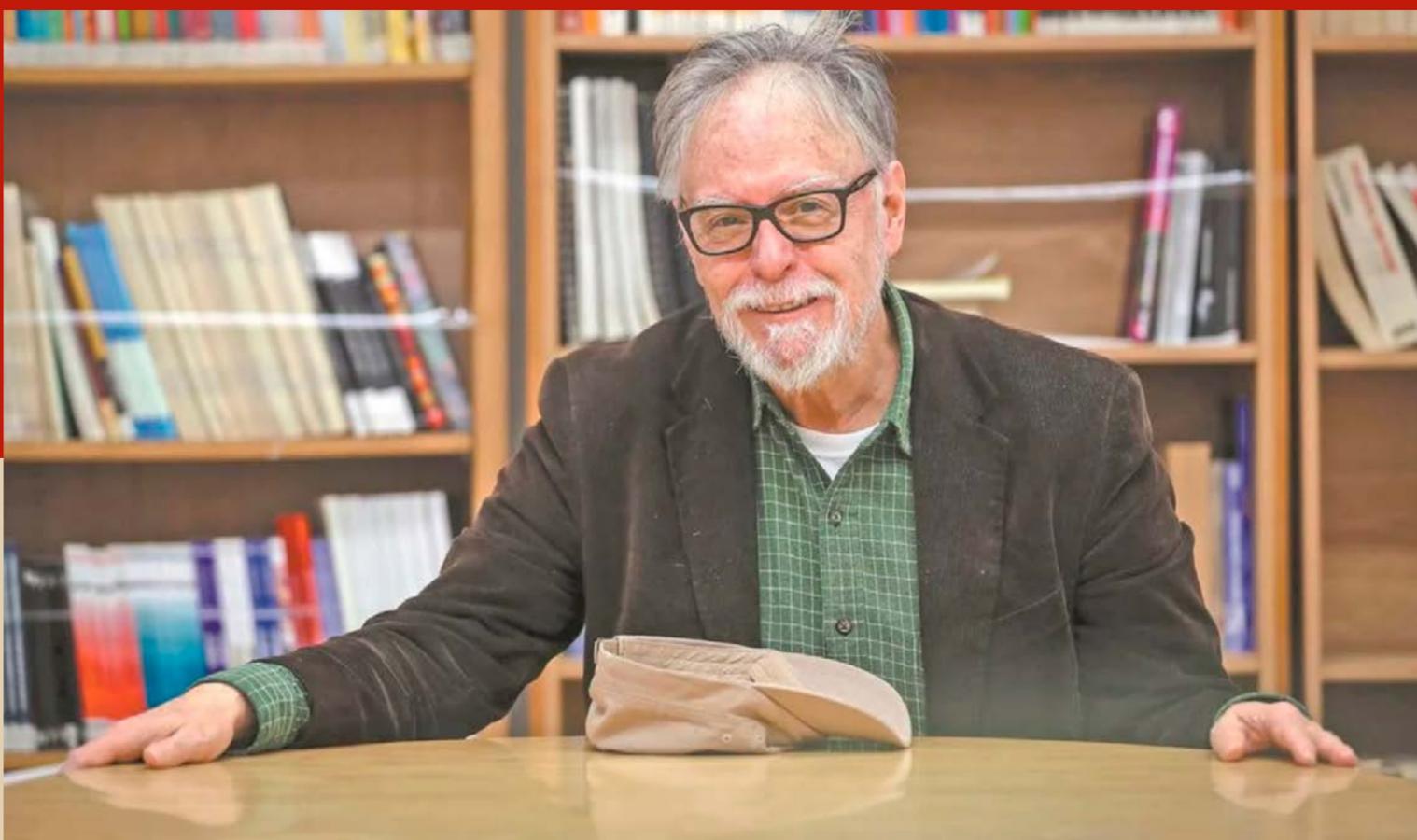
Sin embargo, me parece que el caso de *Incurable* es lo opuesto a lo que señala Eduardo Milán.

Hay en ese poema una ambición de mundo, un reconocimiento de mundo, o de la búsqueda de un mundo. Y que su poema fue escrito como una totalidad, como un deseo de dar cuenta del acontecimiento de una experiencia universal, y aunque puede aceptarse, que adopta momentos intermitentes o que se mueve entre tejidos residuales de sentido, persiste una dimensión cósmica. Que no es otra, que el intento fallido siempre, porque es a través del lenguaje, y de la finitud de la escritura poética, de englobar en el poema un cosmos, que es la manera antigua de referirse al mundo.

Por eso, *Incurable* está más allá de un borbotón verbal o de una secuencia desbordada de versos. *Incurable* necesita del pensamiento filosófico porque sin filosofía no hay una lectura de poesía y porque el lector de poesía, ante la maravilla textual del poema, acude a textos críticos, a elaboraciones conceptuales, a la consulta del pensamiento y del lenguaje. *Incurable* también se abre a otros juegos del lenguaje, es una textualidad los momentos del silencio como las zonas de luz, y sus matices.

Pregona el deseo de abarcar la experiencia humana, los viajes y la cultura. Sería fácil señalar que *Incurable* es el poema de una generación, pero si podemos situarlo en aquellos momentos en que los habitantes de la ciudad letrada querían crear nuevas comunidades o círculos concéntricos en los que la poesía, la filosofía, la experiencia vital se comunicaran con la esperanza de dejar testimonio de la escritura poética, de esa *Babel inestable*, como la llama David Huerta, y que yo comprendo como la comunidad formada entre lectores-poemas, editores, críticos y escritores de poesía.

LOS VERSOS INICIALES DE *INCURABLE*
DESCRIBEN LA TRAVESÍA DE LA ESCRITURA EN
EL MUNDO. HAY UNA AMBICIÓN DE MUNDO,
DE ACEPTACIÓN DE UNA ERRANCIA EN EL
MUNDO. DE QUE EL ESTAR EN EL MUNDO
ES EL ACONTECIMIENTO Y QUE NO HAY QUE
RECURRIR, COMO EN LOS POEMAS PATRIÓTICOS
A GRANDES GESTAS O A HEROICIDADES.



In memoriam, David Huerta

Aldo Báez

A José Luis Dávila

El domingo por la tarde nos dimos cuenta que la tradicional marcha del 2 de octubre, del día que su enunciación provoca recordar todo un año (*Dixit, Volpi*), se había manchado. El lunes por la mañana, busqué noticias y encontré que *Periódico de poesía*, publicó el dossier sobre *Nueve años después*, poema que David Huerta escribió sobre el Movimiento. Un rato después me enteré que había muerto, me avisó mi hijo.

Conocí a David, por mi amiga y maestra Lucía Álvarez (y lo hice como se debe conocer a un poeta, por sus libros), quien lo admiraba y yo con mi pedantería habitual, (le comenté que, en mi revista, *Tierra prometida*, imaginábamos un número sobre su padre Efraín Huerta, que por alguna razón nunca prosperó). No sé si me obsequió el recién publicado *Incurable* (1986), o me lo prestó, la realidad que es el volumen que ahora reviso es el de ella.

Sorprendido por la extensión del poema, le platiqué a mi hermano y coincidíamos que la noción de poema de largo aliento

nos hacía pensar en Gorostiza o Paz, e *Incurable*, en cierta forma, era una propuesta diferente, profunda y diferente dentro de la poesía mexicana. No era un poema en prosa, era una fascinante arquitectura vesicular de más de trescientas páginas, (en aquellos años, Esquinca o Lumbreras practicaban las construcciones vesiculares en la llamada, mal, por cierto, prosa de Guadalajara). Mi hermano, me prestó, *Cuaderno de noviembre* y descubrí enseguida, un hermoso libro de poesía, confieso que *Incurable* siempre me pareció impresionante, más no danzante, hermético más que incurable, insondable, en el doble sentido de la palabra.

En *Cuaderno de noviembre*, lo primero que se evidencia, es la cercanía a Paz y, por ende, la lejanía, frente a su padre, uno de los grandes poetas de nuestra ciudad, una de las voces más poderosas de la calle, de la vida cotidiana, de la ciudad desgarrada en la que crecimos. Cuando entramos a las páginas del Cuaderno, aparece entre los versículos:

La crónica de lo que ha sucedido puede leerse en el poema que se llama hablar o conversar...

A David, lo conocí en persona cuando Josu Landa nos conmovía con el maravilloso poema de *Treno, la mujer que se fue con el viento* (1996), en la Casa del poeta; desde ese día, comprobé que era un hombre generoso y con una memoria impresionante, amante de los poetas del Siglo de oro, era encantador con las formas poéticas, recitador de don Luis de Góngora y me reveló a quien consideró estaba muy presente en sus poemas, el marqués de Santillana.

Algún día al salir de una lectura, lo acerqué a su casa y en el viaje cometí una guarrada, hablamos de su padre y todo iba bien, hasta que, al despedirnos, le comenté que tenía poco de haber conocido a su madre y me referí a la poeta Thelma Nava, lo demás es historia.

Volviendo al presente, al enterarme de la noticia, abrí las páginas de algunos de sus libros, y recordé enseguida, que, gracias a él, había conocido poetas y amigos, en especial a Toño del Toro (qepd) y al joven Héctor Iván González, quién se integró al proyecto de Tierra prometida, siempre agudo y ávido de crecer. Al leer los comentarios en las redes, comprendí que David, aunque un genial poeta, siempre cargó el peso de ser hijo de un enorme poeta, un poeta callejero, un poeta crítico, no solo de la política, sino del *statu quo* de la República de las letras, cuando prologó la obra completa de su padre hubo muchos críticos, entre ellos su servidor, David nunca enraizó en la poderosa voz paterna, y en el fondo, aun sin decirlo abiertamente nunca se lo perdonamos, aunque respetamos su elección, la poesía es eso: una elección de vida.



Abrazo a Verónica Murguía de un lado al otro del mar. Deseo que la distancia nos dé el ancho para el abrazo que le debo. Me enteré por unas aves de atardecer en Madrid que con exactamente siete horas menos se iba de este mundo David Huerta. Ha muerto un poeta inmenso; es decir, hoy se apaga una estrella en algún pedazo del terciopelo del Universo, pues no solo hereda la grandeza de no pocos de sus poemas, sino el recuerdo intacto de una erudición absolutamente alejada de la pedantería. (Jorge F. Hernández, *El País*).



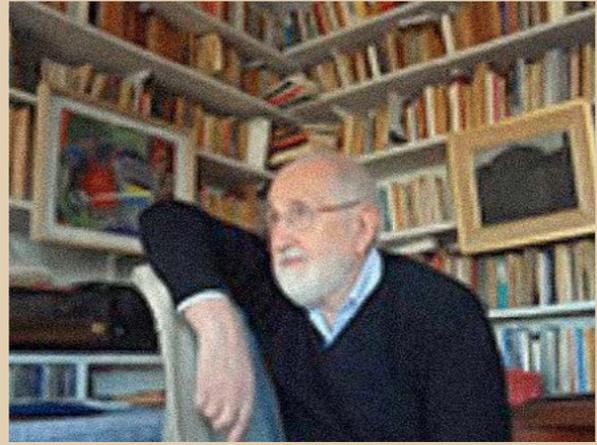
A DAVID, LO
CONOCÍ EN
PERSONA CUANDO
JOSU LANDA NOS
CONMOVÍA CON
EL MARAVILLOSO
POEMA DE TRENO,
LA MUJER QUE SE
FUE CON EL
VIENTO (1996),
EN LA CASA
DEL POETA;
DESDE ESE DÍA,
COMPROBÉ QUE
ERA UN HOMBRE
GENEROSO Y CON
UNA MEMORIA
IMPRESIONANTE,
AMANTE DE LOS
POETAS DEL
SIGLO DE ORO

Recuerdo cuando se publicó en *La jornada*, aquella carta donde el enorme Lezama Lima, amigo de su padre, hablaba de su poesía, creo de *El jardín de la luz* (1972), se ganó la envidia y el respeto de muchos de nosotros o cuando lo perfilaban como parte del inentendible neobarroco o *neobarroso* como algunos le llamaban, creo que David nunca anduvo por esos ríos. Su poesía nunca, pese a su capacidad metafórica, nunca rompió con las estructuras del lenguaje, para él la palabra era la reina, la palabra circulante no como un constructo sino como lama de lo que se debe decir.

Cuando llegué a Puebla, regresaba con frecuencia a la ciudad de México iba a decir, pero, regresaba a la casa del poeta para encontrarnos en una mesa y desde ahí con Eduardo Milán, Toño del Toro, Josu Landa, Eduardo

Hurtado, recibíamos a poetas, yo aprendía de ellos y le comenté que realizábamos un homenaje al poeta Enrique Pimentel, David en seguida lo recordó y me comentó que *Catacumbas* (1984) era uno de los libros que él eligió para su publicación (desde la imprenta de la Buap), entonces entendí la enorme capacidad de lector y respeto por la poesía, al editar un libro que, en cierta manera era lo más alejado de su voz y lo más cercano en estos lares a la voz de su padre, Efraín Huerta.

David, nos relataba cómo escribía sobre los pliegos de la imprenta, su poema *Incurable*, como las imágenes, analogías, metáforas, nacían como caballos desbocados contra los enormes espacios blancos (permite ver su noción sobre el taller desde donde se arma lo que algún día leeremos), cómo veía su creación sobre un espejo, (que evoca inmediatamente



ADIÓS, NOÉ JITRIK

Noé Jitrik (1928-2022) vivió en México durante su exilio de Argentina. Fueron los años en que México recibió a los perseguidos por la dictadura.

En la década de los cincuenta, formó parte de la *Revista Contorno*. Una generación

Su obra literaria, ensayística y teórica fue prolífica.

Llegó a México en 1974 donde dio clases en el Colegio de México, institución referente de la formación intelectual formada por la intelectualidad de otro exilio, del exilio republicano que le dio vida al Colegio de México.

A principios de los ochenta fue investigador invitado por la Universidad Autónoma de Puebla. Jitrik era visitante asiduo de Raúl Dorra, profesor e investigador de la BUAP y fundador de los estudios de semiótica en Puebla. Ambos fueron amigos desde su juventud intelectual en Argentina.

El 28 de julio del año 2000, el Consejo Universitario de la BUAP determinó otorgarle el Doctorado Honoris Causa a Jitrik.

En su discurso de recepción de esta distinción, Jitrik se refirió al concepto de la "corrupción de la escritura".

"...es cuando un pensamiento poderoso y noble, dignificado además por su escritura, la gran expresión, aquello que los grandes maestros logran, lo que consiguieron Platón, Spinoza, Kant, Husserl, se rebaja poniéndose al servicio de una causa repulsiva, lo que no habría ocurrido con ninguna de ellos."

En la década de los noventa dejó México para regresar a Argentina.

Aunque sus primeros escritos fueron de poesía, su reconocimiento provino de su conocimiento y dominio del campo teórico de la lingüística y la literatura. Encabezó proyectos como la *Historia Crítica de la Literatura Argentina*, que consta de varios tomos.

Noé Jitrik murió este 6 de octubre a los 94 años de edad, en Pereira Colombia, a donde había acudido, reseña el periódico *Página 12* de Argentina, a una conferencia. (Mario Martell).

a Contemporáneos y, en especial, a Gorostiza y Jorge Cuesta), y si bien ese espejo le permitía ver la mancha en que vivíamos, también sobre esa superficie circulaban sus construcciones poéticas, prístinas, claras, libres casi siempre de ideología, como si el mundo solo pudiera verse a través de un espejo. (Su poema a "Ayotzinapa" es un breve respiro aun dentro de su obra).

De *Versión* hablaré en otra ocasión, pero creo que cuando David nos dice que:

*Yo aparecí en la sangre de octubre, mis manos estaban fúnebres de silencio
y tenía los ojos atados a una espesa oscuridad.*

Era el espejo de la muerte lo que sobrevenía.

*Pero la muerte había ya pasado con sus armaduras y sus instrumentos
por todos los rincones, por todo el aire abolido de la plaza.*

*Era el espejo de la muerte con sus reflejos de miedo
lo que nos daba sombra en una ciudad que era esta ciudad.*

*Y en la calle era posible ver cómo una mano se cerraba,
cómo sobrevenía un parpadeo, cómo se deslizaban los pies, con un silencio
espeso,*

buscando una salida,

pero salidas no había: solamente había

una puerta enorme y abierta sobre los reinos del miedo.

Una puerta que se abrió un día (3 de octubre) después de lo que hace 54 años aconteció y o marcó a nuestro poeta, pese a las manchas y ahora, él camina y espera parsimonioso otras versiones, otros espejos, algo que nos muestre la profundidad y nos abra la puerta de su mirada poética, que pase lo que pase, siempre será incurable.

Beatriz Meyer

Conocí en persona a David Huerta hace ya muchos años, por ahí del 2003. Tropecé con él a la salida de la oficina de DEMAC donde trabajé un tiempo, en un área de Profética. Iba acompañada del poeta Enrique Pimentel, que muy caballerosamente me ayudaba a cargar una descomunal tamalera destinada a apoyar a las mujeres reclusas del Cereso de San Miguel. Enrique y David se quedaron viendo, uno apenado, con la tamalera al hombro, y el otro muy divertido. Cuando me di cuenta, la ollota yacía en el piso y aquellos dos se abrazaban, contentos de haberse encontrado de esa forma tan divertida y accidental. David no paraba de hacer bromas sobre las nuevas formas de ganarse la vida de algunos poetas en Puebla, y Enrique, muy apenado, le seguía sin embargo las chanzas. Todo un espectáculo el intercambio de culteranismos en ese momento en el cual dos buenos amigos, que además eran grandes poetas, se encuentran, se reconocen, se halagan y se quedan de ver otro día, al más puro estilo de estas tierras.

Ignoro si Enrique lo volvió a ver en persona. Yo recuerdo haber asistido a algunas lecturas de su obra y entablar algunas conversaciones telefónicas, sobre todo cuando su esposa Verónica Murguía ganó el premio de literatura juvenil Gran Angular de 2013, con la novela *Loba*, que presentamos Sebastián Gatti y yo en Puebla poco después de su publicación. Siempre me dio la impresión, corroborada por otros amigos muy cercanos a él, de ser un hombre cabal, amable y gentil, pero sobre todo profundamente humano.

DAVID Y LA TAMALERA





IBA ACOMPAÑADA DEL POETA ENRIQUE PIMENTEL, QUE MUY CABALLEROSAMENTE ME AYUDABA A CARGAR UNA DESCOMUNAL TAMALERA DESTINADA A APOYAR A LAS MUJERES RECLUSAS DEL CERESO DE SAN MIGUEL. ENRIQUE Y DAVID SE QUEDARON VIENDO, UNO APENADO, CON LA TAMALERA AL HOMBRO, Y EL OTRO MUY DIVERTIDO.

Como muchos lectores de mi generación y de mi colegio (estudié en el Colegio Madrid de la Ciudad de México), leí a Efraín Huerta, padre de David, desde que estaba en la secundaria. Para mí su poesía era el canon. Justo después de haber leído el poema “Las muchachas del alba” se me ocurrió la peregrina idea de llegar a ser algún día poeta. Me felicito de no haber concretado ese malhadado anhelo. Hoy soy muy feliz como narradora que lee poesía para satisfacer la necesidad de belleza y silencio en este cada vez más caótico mundo.

Mis acercamientos a la poesía de David estuvieron quizá prejuiciados o amparados por la huella que la obra de su padre dejó en mí y en mi generación. Así que debo confesar que, aunque no soy una experta en poesía, la lectura de *Incurable* me dejó la impresión de estar, sí, ante un poema mayor de la poesía mexicana, pero además frente un desplante de sabiduría literaria, amor por las palabras y una catarsis personal mediada por un aparato poético y filosófico que significa un arduo reto para cualquier lector.

No sé si es por costumbre o por genuina convicción que decimos siempre que la mejor manera de recordar a un escritor fallecido es leer su obra. Quizá la respuesta nos la da el propio David Huerta en “Regresos y peregrinaciones” un texto que forma parte de *El vaso del tiempo*, un conjunto de reflexiones publicado por la editorial Vaso Roto en 2017. Ahí el poeta decía que, además del “sentido conocido y común: ‘línea de escritura’, y más específicamente ‘sucesión de palabras gobernada por principios rítmicos y acotada por modulaciones prosódicas’”, la palabra verso, que proviene del verbo latino *vertere* (dar vuelta, girar), “contiene dentro de sí un regreso”. Podría ahora citar algún verso, alguna estrofa de su vasta obra, para hacerlo regresar a mi memoria, pero prefiero quedarme, simplemente, como muestra inigualable de su permanente vocación poética y amorosa, con la dedicatoria que inaugura ese volumen de ensayos: “Para Verónica Murguía, en todos los puntos de la Rosa”. Vaya para ella un sentido abrazo. Su pérdida es nuestra, los lectores de David, pero también es un golpe devastador a la esperanza.

ANTOLOGÍA MÍNIMA DEL POETA HUERTA



Oración del 24 de diciembre

Lávame. Quítame estas mugres metafísicas. Dame panes y relicarios, dormidas águilas y espadas, ropas dignas y una serenidad de porcelanas y de tés. Límpiame para que pueda verte sin vergüenza en medio de la noche resplandeciente.



Plegaria

Señor, salva este momento.
Nada tiene de prodigio o milagro
como no sea una sospecha
de inmortalidad, un aliento
de salvación. Se parece
a tantos otros momentos...
Pero está aquí entre nosotros
y crece como una luz amarilla
de sol y de encendidos limones
y sabe a mar, a manos amadas,
huele a una calle de París
donde fuimos felices. Sálvalo
en la memoria o rescátalo
para la luz que declina
sobre esta página,
aunque apenas la toque.

Incurable

Capítulo 1. Simulacro

[...]

Adivinar en los almacenes de las palabras dónde se
esconde el rayo, el escondrijo del mundo en la bolsa del
día,

la página mercurial que no ha sido escrita y cuya blan-
cura está recubierta con la tinta de los deseos desaloja-
da por los nombres,

vagabundeo en busca de esa adivinación en la escuáli-
da y pegajosa luz de este almacén,

abandonado por las noches y espolvoreado por el hi-
sopo lejano de un chispazo de fiebre: Este almacén de
palabras

donde te sientes el oscurantista, el tuareg, el animal, el
monstruo en la laguna de las denominaciones,

el gato negro sobre las piernas de la reina de las palabras,
el intruso sin credenciales, el prófugo, el anegado, el

ladrón de instrumentos ortopédicos,

el que traga nueces con cáscaras, el que bebe el mens-
truo en una copa pompeyana,

el que se asusta con sus propios reflejos, el que pena en
la madrugada de las vacaciones afantasmadas, el que se
pone verde

cuando piensa en su madre con las piernas abiertas y
no precisamente dándolo a luz,

el que tiene una lengua telescópica, el que se duele por
ausencias inventadas y por melancolías falsas,

el que baila una danza de gusanos, el que construye
murallas chinas en sus labios agujerados,

el que brilla como una brújula rodeada de nortes,

el que se lanza en la corriente para rescatar una denta-
dura postiza como si fuera una civilización a la deriva,

el que sabe callarse en medio del estruendo, el que se
pone las manos en la entrepierna y aúlla como una

hidra delirante,

el que se siente un islote y oye el rumor del mar en la
profundidad de los rostros.

El almacén de las palabras es un lugar extraño, húme-
do, una galería sigilosa, un hospital dormido.

Cardumen candoroso, con su latinidad a cuestras,
difícil, fosforescente como una omega “en el pizarrón
de las etimologías”.

Ojiva o multitud, ramo de piedras, rocas, en el oro del
nombre,

siempre vivas palabras, “oscura siembra”, en la cúspide
sorda y monumental del mármol sonoro.

El almacén es un espacio trémulo, una tecla genésica
que el mundo amplifica hasta la magnitud mortuoria
del réquiem o la súplica.

El almacén de las palabras: el almacén de las palabras.



*

Enciendo un cigarro mientras me observas, he llegado a las 5y estoy peinado para la ceremonia de tus observaciones.

Devoración de las cosas por la luz del verano. El verano: un oro destilado y recto,

plegado entre tus ropas, garfio sobre tus mejillas de pan y tus dedos empapados de asombro.

Garfio mis frases contra los cortinajes. La ge y la jota: desprendimientos áridos del yo, brusco sonido

en el sentir del “análisis”. Palabras, roces. Tu sed corpórea inclinada sobre una sangre de páginas.

Pero si observas mis imágenes, el cinematógrafo extenso donde establezco mi intermitencia,

observarás mejor aún. Yo es condición de concordancia, una mera colección de gestos y sonrisas que no son más que dientes,

como decía Kerouac. Hipertrofia del yo para tu observación.

¿Qué bisturí, qué rayo, qué microscopio me preparas? Deambulo, vagabundeo, sentado y con mi cigarro entre los labios,

echando humo por la boca torcida con una melancolía inconsolable

pero eso ¿de qué serviría? Habla. Es lo mismo. Hablo en ti.

El narcisismo en mangas de camisa me toma por los sobacos y me levanta frente a ti

como si fuera un ídolo labrado en la cortesía, un puro jade para la simulación de tus creencias.

Es tu acero, la fuerza de tu contorno lo que me desconcierta, el amordazado simulacro que tú o la tercera persona me habían preparado. Ahora bebo una cerveza, recuerdo la obsesionante palabra *Benelux* en mis labios, como en otras ocasiones;

busco el arrasamiento de los signos en un cuadro de Francis Bacon y no encuentro, inconsolablemente,

más que una hilera de ficciones debajo de la tela: pintor inglés contemporáneo, Quevedo, Goya.

Estoy seguro que Francis Bacon ha pactado con lo mejor de mis intenciones al poner esto sobre este papel...

Tu risa me desmorona pero no tengo más remedio que ponerme a reír —yo también.

Porque no hay misterio ni Goya ni pintores ingleses. Un verano se difunde bajo todo lo que sucede ahora,

mas no nos toca decidir dónde se encuentra en realidad esa otra luz que creemos haber observado.

Esta luz que entra por la ventana, a mis espaldas, y atraviesa con un fluir pausado los cortinajes,

es ya una forma de olvido que sirve para decidir la verdadera naturaleza de tus observaciones.

Mis imágenes te observan con una fruición desmesurada. Es todo lo que te puedo decir, lo que digo en ti.



Ayotzinapa

Mordemos la sombra
Y en la sombra
Aparecen los muertos
Como luces y frutos
Como vasos de sangre
Como piedras de abismo
Como ramas y frondas
De dulces vísceras
Los muertos tienen manos
Empapadas de angustia
Y gestos inclinados
En el sudario del viento
Los muertos llevan consigo
Un dolor insaciable
Esto es el país de las fosas
Señoras y señores
Este es el país de los aullidos
Este es el país de los niños en llamas
Este es el país de las mujeres martirizadas
Este es el país que ayer apenas existía
Y ahora no se sabe dónde quedó
Estamos perdidos entre bocanadas
De azufre maldito
Y fogatas arrasadoras
Estamos con los ojos abiertos
Y los ojos los tenemos llenos
De cristales punzantes
Estamos tratando de dar
Nuestras manos de vivos
A los muertos y a los desaparecidos
Pero se alejan y nos abandonan
Con un gesto de infinita lejanía
El pan se quema
Los rostros se quemán arrancados
De la vida y no hay manos
Ni hay rostros
Ni hay país





Solamente hay una vibración
Tupida de lágrimas
Un largo grito
Donde nos hemos confundido
Los vivos y los muertos
Quien esto lea debe saber
Que fue lanzado al mar de humo
De las ciudades
Como una señal del espíritu roto
Quien esto lea debe saber también
Que a pesar de todo
Los muertos no se han ido
Ni los han hecho desaparecer
Que la magia de los muertos
Está en el amanecer y en la cuchara
En el pie y en los maizales
En los dibujos y en el río
Demos a esta magia
La plata templada
De la brisa
Entreguemos a los muertos
A nuestros muertos jóvenes
El pan del cielo
La espiga de las aguas
El esplendor de toda tristeza
La blancura de nuestra condena
El olvido del mundo
Y la memoria quebrantada
De todos los vivos
Ahora mejor callarse
Hermanos
Y abrir las manos y la mente
Para poder recoger del suelo maldito
Los corazones despedazados
De todos los que son
Y de todos
Los que han sido

2 de noviembre de 2014. Oaxaca



A una cantante de Rock*

Desnuda, maltrecha, enronquecida:
¿vas a decirme por fin qué nos sucede
o me levantarás, en cambio, sin hablar, y,
desnudándome, llenarás mi boca de llamas
y mi carne de fría ceniza?
No quiero ver tus ojos alzados y hechos polvo
en el dilucio de la borrachera; no quiero sentir
tus brazos amargos y tu cuello debilitado.
Prefiero poner mi pie sobre tu espalda
y preguntar, amenazar, oscurecerme
con tu pausada locura de sinsonte.

Hay el agua que chorrea de un bestial mirlo mojado;
hay pedazos de niebla en mi ventana;
hay el rodar de una diadema de lobos
por el ardor de la playa pacífica.
No me veas, no mires lo que te ofrezco:
estos utensilios de ígnea tinta, estas luidas
imperfecciones de trapo en mis vestidos, estos
endulzados chispazos de mis manos cuadruplicadas
entre tus piernas de vacío animal hecho de luz dorada.
Tú canta, una y otra vez, así como amorosamente estés:
desnuda, maltrecha, enronquecida.

*Primera edición en *Crines, lecturas de rock*, editorial Penélope, 1984. Carlos Chimal, compilador.
Segunda edición, *Crines, otras lecturas de rock*, ERA, 1994.

